

EL ORO OCULTO DE HOYA DE ALAZOR

Seudónimo: Argonauta

Hoya de Alazor es una alquería deshabitada del interior la región de Murcia. En el mapa aparece al oeste de Caravaca y Moratalla, a cuyo término municipal pertenece, camino de la sierra de Cazorla, ubicado entre Calar de la Santa al norte e Inazares al sur, cerca de los límites con La Mancha y Andalucía. No hay carreteras que conduzcan hasta allí.

Este lugar, aparentemente inhóspito, en el siglo XVI pertenecía a la familia del leonés Juan López, aventurero indiano que fue uno de los doce caballeros de la encomienda de Santiago. Cuatro siglos después, en 1906, Daniel J. de C., un atrevido geólogo que practicaba el excursionismo científico, llegó hasta allí acompañado de un guía. Buscaba fósiles que le permitieran datar los terrenos y hacía mediciones para completar y mejorar el mapa geológico de España, en aquel entonces lleno de deficiencias y errores.

En sus notas encontramos las dificultades que encontró en su viaje hasta aquel lugar y la descripción del sitio, que no siempre estuvo deshabitado. La casualidad ha querido que esas notas llegaran a mis manos y las transcribo para compartirlas con todas las personas interesadas.

El 9 de septiembre de 1906 salí de Caravaca en el coche que hace el servicio a Puebla de don Fadrique. Mi intención era parar en el sitio más próximo a la Hoya de Alazor, un lugar abandonado que sentía curiosidad por visitar. Durante mucho tiempo había contemplado ese conjunto de sierras que se dibujan claramente en el horizonte a la puesta de sol, sobresaliendo entre todas la forma elegante de la Sierra de la Sagra, que se eleva hasta 2.400 metros. Deseaba vivamente visitar aquellos lugares y por fin, aprovechando unos días de vacaciones, he podido hacerlo.

La carretera atraviesa el Valle de Argos, cortando un conjunto de colinas, pasa por el Ventorrillo de Cavila y llega hasta la aldea de Barranda. Después, una garganta separa la Sierra de Mojantes de la Serrata de Caneja, en cuya parte más elevada encontramos la Cruz del Puerto. La carretera, trazada en grandes porciones rectilíneas, se extiende hasta perderse de vista por la falda meridional de Mojante.

Cerca de la puesta de sol llegamos a un edificio pomposamente llamado Casa Blanca donde pernocté. El dueño de la casa me puso en contacto con un guía y me regalo un precioso ejemplar de ammonites que había encontrado en la zona.

Nuestra excursión a pie empezó al día siguiente. Madrugamos, como tengo por costumbre, para aprovechar al máximo la luz solar. Recorrimos la falda de Mojante hasta la Cruz del Puerto y encontré muchos fósiles. Me entretuve más de lo que tenía previsto y, de vuelta a la Casa Blanca, decidí que al otro día me adentraría hasta la Hoya de Alazor sin más dilaciones.

Así lo hicimos. Nuestro recorrido se inició en un lugar que llaman el Tartamudo, ubicado al oeste de Mojante. Seguimos una gran rambla que lleva las aguas desde la base de Sierra Seca e Inazares al río Quipar. Ascendiendo por suaves pendientes llegamos al punto en que se establece la divisoria de la aguas y, siempre subiendo, llegamos al anochecer al Tartamudo de Arriba, en donde pasamos la noche, pues, a pesar de hallarnos en un sitio tan recóndito y poco frecuentado, ofrecía una casa en la que reposar. Me maravilla que el ser humano sea capaz de habitar espacios tan solitarios, pero ello es porque la naturaleza le proporciona todo aquello que ha menester, y hay personas que aman la soledad tanto como otros las muchedumbres.

Al día siguiente, muy temprano, recorrimos los alrededores, encontrando abundancia de fósiles en una cercana colina situada al oeste de la casa. Los estratos forman suaves pendientes de tierras rojizas buenas para cereales, único cultivo de aquellas altas regiones.

A las once de la mañana nos pusimos en marcha. Pasamos el barranco del Pozo y subimos unas ásperas cuestas cubiertas de bosque hasta dominar unas colinas que llaman de Juan Seca.

Descendimos después a una garganta llamada Puerto Ortiz, donde se dividen las aguas que van al Argos y al Quipar. Estas aguas son absolutamente necesarias para los cultivos y por tanto para la supervivencia del ser humano en estos lugares.

El sendero que seguimos penetraba en un espeso pinar cuyos claros ofrecían admirables paisajes, solitarios y agrestes, que bien pudieran inspirar a pintores y poetas, pues a mí, sin ser más que un modesto geólogo aficionado a la palentología, su vista me hacía soñar. Pero, como no dejo de ser hombre práctico, observé con pena que había grandes extensiones que podrían haber sido excelentes campos de cultivo y sin embargo estaban desiertas. Eso bien pudiera deberse a la altitud, al frío y largo invierno que hace que la zona esté poco poblada.

En la época del año en que hicimos la excursión, primeros días de septiembre, el clima era benigno. El bosque presentaba multitud de plantas floridas. La presencia humana casi invisible se hacía notar en algunos sitios mediante una ligera humareda que indicaba la existencia de algún aparato destilatorio para la obtención del aceite de espliego o alguna otra planta aromática labiada. El guía me contó que los obreros del campo se habían dedicado a segar las espigas de labiada porque era un trabajo que ellos consideraban bien pagado, hasta que se dieron cuenta del riesgo que corrían, ya que existe un gran número de víboras en la comarca que se esconden entre los pequeños tallos de esas plantas. Comprobé que el guía no exageraba porque, mientras subíamos por uno de aquellos bellísimos caminos, gritó que me apartara pues a nuestra derecha había visto a uno de aquellos reptiles que, al sentir la presencia humana, se escondió bajo una piedra.

A las dos de la tarde nos detuvimos para comer en una hacienda de campo que llaman Majarazán. Luego continuamos hasta llegar por fin a nuestra meta: la Hoya de Alazor, un pequeño caserío situado a mucha altura y rodeado de los picos de las sierras que forman un valle circular; de ahí su nombre de "Hoya".

Para mi sorpresa, encontré un profundo pozo abandonado, rodeado de innumerables escombros. El guía me explicó que, meses atrás, ese lugar fue muy visitado porque se decía que allí había una riquísima mina de oro y que alguien había encontrado un filón. Pasé como media hora registrando aquellos escombros y encontré algunos cristales dorados de pirita de hierro que pudieron dar origen a la "leyenda del oro". Evidentemente no había mina de oro, así que las construcciones que allí se levantaron, incluida una casa, han quedado abandonadas. Sobre todo desde que se supo que varios obreros tuvieron problemas respiratorios al trabajar en aquel pozo debido al anhídrido carbónico acumulado o difundido en el aire del pozo, que en aquella estación estaba más frío que en el exterior, impidiendo la ventilación natural hasta el punto de que uno de ellos llegó a perecer asfixiado.

¿Cómo convencer a estas gentes de que su oro no está debajo de la tierra, sino encima? Su oro es el sol que no aprovechan y el terreno fértil que no cultivan, su oro son los hermosos bosques que podrían ser lugares de paseo y de esparcimiento en vez de parajes solitarios... Solo confío en que algún día el ser humano aprenda a distinguir el oro de la escoria.